

XLIV PREGÓN
de la PURA y
LIMPIA
CONCEPCIÓN de
MARÍA SANTÍSIMA

Alfonso Crespo Hidalgo

MUY ANTIGUA, VENERABLE Y PONTIFICA ARCHICOFRADÍA
SACRAMENTAL DE NAZARENOS DEL SANTÍSIMO CRISTO DE LA REDENCIÓN Y
NUESTRA SEÑORA DE LOS DOLORES
PARROQUIA DE SAN JUAN BAUTISTA

PREGÓN DE LA PURA Y LIMPIA CONCEPCIÓN DE MARÍA SANTÍSIMA

Ave María Purísima

Ave María Purísima. Es el saludo que dirigimos a nuestra Madre en este encuentro de Adviento, cuando esta querida Archicofradía del Santísimo Cristo de la Redención y Nuestra Señora de los Dolores de San Juan, sabedora de la riqueza de la liturgia, aplaza la celebración del Tiempo de Cuaresma y el austero dolor del Viernes Santo, para recrearnos en la contemplación del rostro sereno y radiante de la Madre de Dios, en vísperas de una de sus fiestas más populares: su Inmaculada Concepción.

Hoy, retenemos el dolor para dar rienda suelta a una alegría contagiosa: se acerca la Navidad. El alumbrado deslumbrante de nuestras calles y sus músicas, los olores que traspiran sus comercios y el ajetreo compulsivo de sus populosas calles, nos invitan a refugiarnos en la paz que inunda la histórica parroquia de San Juan. Nos adentramos en su interior, asaltando su torre, figurada como la *Torre de marfil* de las Letanías del Rosario. No venimos a encontrarnos con nosotros mismos, mirándonos egoístamente, buscando esa serenidad interior tan deseada, sino a mirar a quien es nuestra confidente y dejarnos mirar por ella. Queremos dialogar en silencio con nuestra Madre, adentrándonos en lo que ella *conserva en su corazón* (cf. Lc 2,19), para felicitarla en la víspera de la fiesta que hace vibrar nuestra memoria infantil y los recuerdos más familiares; oigamos como un eco de los años, en nuestro interior, la voz de nuestra madre que, cómplice, nos susurra: «¡mañana no hay colegio, es la Inmaculada Concepción!»

El amor es mañanero, dice una canción; nuestro amor a María, nuestra Madre, nos ha despertado el alba: ¡Buenos días, Madre! **Ave María, Purísima.**

Nos adentramos en este querido templo, para iniciar una peregrinación interior, como una procesión claustral, por las capillas de sus naves. Pedimos la venia a las Hermandades que custodian las distintas devociones de esta parroquia memorial de San Juan Bautista. Con la venia de las *Cofradías fusionadas por la Pasión del Señor*, atentas vigilantes de la espera de la Resurrección, nos acercamos con reverencia al diálogo entre el *Cristo de la Exaltación*, la *Virgen del Mayor Dolor* y el *fiel amigo San Juan*; cerramos nuestros ojos ante el *Señor de Ánimas y Ciegos*, sin exigir ver y tocar para creer: ¡nos basta su luz, que ilumina hasta el alma!; sentimos sana rebeldía ante la imagen de *Azotes y Columna*: el derrumbe humano del Hijo de Dios, se apoya en la fuerza de la columna de hacer la voluntad de su Padre.

Hacemos un respiro en este recorrido de Pasión y contemplamos la sencillez de un pueblo emigrante que caldea su esperanza en un hogar común de fe, invocando, bajo la atenta mirada de la Virgen del Socorro, a su *Virgen de los Milagros de Caacupé*, patrona de Paraguay. A ella, unimos, en una diagonal de amor, desde el extremo de una capilla a otra, una advocación, que no es de nadie porque es de todos, y que cada vez congrega más devotos porque invoca, en los ojos y las manos de la Virgen, dos de las emociones más humanas: *Lágrimas y favores*.

Pasamos a la nave central y bajamos nuestra cabeza ante el *Cristo de la Vera Cruz y Sangre*, que preside el altar mayor, que se convierte en mesa eucarística, banquete al que todos estamos invitados y al que, a veces, excusamos la asistencia.

Y, casi de puntillas, pasamos a la capilla contigua del Sagrario, centro y destino capital de cualquier peregrinaje por el interior de un templo. Nos arrodillamos, adoramos y, en un silencioso coro, resuena el eco de la procesión esencial, una procesión que todos debemos empeñarnos en recuperar su esplendor: *Cantamos al amor de los amores. Cantemos al Señor...* Y afirmamos con fe: *¡Dios está aquí!*

Desde el Sagrario, levantamos la mirada hacia el *Cristo de la Redención* y le pedimos con pudor, musitando como una confidencia: «Señor, sin desclavarte de la cruz, que es nuestra salvación, tú que anduviste sobre las aguas, haz un oculto milagro de visitar a tu Madre en la capilla de su Dolor. Acompáñame, ven en mi auxilio, ilumina mi entendimiento para que mis pobres palabras alienten aún más la devoción por tu Madre; que este pregón de amor de uno de sus hijos, pueda cantar el privilegio más popular de la Virgen, arrancado por la apasionada devoción de un pueblo a la serenidad del Magisterio de tu Iglesia: la *Pura y limpia Concepción*».

Queridos hermanos y hermanas, nuestra presencia esta mañana en este templo, quiere convertirse en una manifestación de cariño a Nuestra Señora de los

Dolores, y renovar nuestro secreto juramento de amor a la *Pura Limpia*, prolongando siglos de historia. La corona más hermosa que puede adornar la augusta cabeza de una imagen de la Virgen no se teje de oro y piedras preciosas, sino del fino hilo de amor fiel de sus hijos.

Estamos concluyendo el *Año Jubilar de la esperanza*. A lo largo de este año, hemos dirigido nuestra mirada a todas las devociones y a la única Virgen, Madre de Dios y Madre de nuestra esperanza. Os invito a contemplar el origen de la gran historia de nuestra redención: Todo empezó con un «Sí» de una sencilla doncella de Nazaret, en una aldea casi vaciada.

Rvdo. Sr. Párroco de San Juan y Santos Mártires y sacerdotes colaboradores...

Rvdo. P. Consiliario de la Archicofradía, tan vinculada, por afinidad y vecindad, con la Iglesia del Sagrado Corazón de Jesús y los queridos PP. Jesuitas.

Querido Hermano Mayor y Junta de Gobierno de la Archicofradía del Santísimo Cristo de la Redención y Nuestra Señora de los Dolores.

Representantes de otras Cofradías, cofrades todos.

Querido Juan Carlos, gracias por tu presentación: el afecto mutuo disculpa cualquier exageración.

Devotos y devotas, queridos amigos y amigas que hoy compartimos este momento de oración junto a María...

No soy un pregonero al uso. El oficio del pregón, que admiro, requiere una maestría que no poseo. Pero, sí me ha dado Dios, como a todos vosotros, el sencillo don de la palabra. La palabra va uncida al silencio: la palabra que habla de amor se siembra en el silencio de la contemplación y florece en la alabanza. A esta palabra me acojo para compartir esta reflexión, que quisiera ser una oración compartida, sobre una devoción que nos inculcaron, ya con la leche materna: la *Inmaculada Concepción de la Virgen*, a quien el pueblo llano aclama como *Pura y Limpia*.

Permitidme que nuestro diálogo arranque con una confidencia:

Contemplar un Calvario que coronaba el retablo mayor de la parroquia de mi pueblo, que a mis diez años me parecía grandísimo, mirando desde la pequeñez de mi estatura la altura del Misterio, suscitó en mí una cascada de preguntas a mi paciente catequista:

- *¿Y quienes están al lado del Crucificado?*
- *San Juan y su Madre* -me respondió la catequista-.
- *¿Y por qué está San Juan?*
- *¿Por qué era su amigo?*
- *Y ¿por qué está la Virgen?*
- *Porque es su Madre.*

La sencillez de las respuestas estaba a la altura de la ingenuidad de mis preguntas. Pero una imagen vale más que mil palabras, y desde entonces la escena del Calvario: un Crucificado, la Virgen y san Juan, viven en mi memoria afectiva.

En el silencio de nuestra contemplación, imaginemos la escena del Calvario: Cristo, el Hijo de Dios, el mejor de los hombres, clavado en la Cruz. A sus pies, María, su Madre, y a su lado Juan evangelista, el amigo. En los momentos de mayor dolor es donde se prueba la fortaleza del amor y la fidelidad de la amistad. En el éxito, nos estrechan muchos; en el fracaso, se agrandan los espacios y gustamos la amarga soledad. Jesús está clavado en el aparente fracaso de la Cruz. La multitud que le ha seguido, la que ha comido cuando multiplicó los panes y los peces ha desaparecido satisfecha; aquellos a los que hizo andar, corren desagradecidos; a los que devolvió la vista, cierran los ojos de la fe agradecida; hasta los discípulos y apóstoles están en desbandada. Solo quedan Jesús, clavado en la Cruz, su Madre y Juan, el discípulo y amigo: ¡El Calvario es un canto a la fidelidad del verdadero amor!

En la soledad del Calvario, a este hombre, *que pasó haciendo el bien* (cf. Hch 10,38), parece que no le queda nada... Está a punto de expirar, casi desnudo y despojado de todo: ¡hasta han sorteado entre los soldados su túnica, tejida sin fisuras por el amor de su madre! El reo tiene las manos clavadas para no poder ofrecer nada... sin embargo aún le queda la palabra y, apoyado en la fuerza de los clavos, entabla un doble dialogo desde el púlpito de la Cruz. Sumido en la humanidad del dolor, quien nos ha enseñado a llamar a Dios Padre, ahora descansando su cabeza sobre su pecho, mirando la humanidad, lanza un grito desgarrado: *¿Padre, por qué me has abandonado?* (cf. Mt 27,46). Pero, sacando fuerzas de flaqueza, eleva la mirada al cielo y reafirma la petición del Huerto de los Olivos: *¡Padre, no se haga mi voluntad sino la tuya!* (Mt 26,39). Y el Nazareno moribundo se eleva, en el patíbulo de la Cruz, como *Cristo de la Redención*!

Y se abre un segundo diálogo: antes de volver junto a su Padre Dios, Cristo, único Redentor, nos deja un presente, el mejor de los regalos, a sus hermanos los

hombres. Viendo la soledad de su Madre, sabedor del puñal de Dolores que atraviesa su corazón, y señalando al discípulo amado, le susurra: *¡Ahí tienes a tu hijo!* (Jn 19,26). Y mirando el desvalimiento del amigo, le levanta la mirada abatida y le brinda la mejor de las compañías: *¡Ahí tienes a tu madre!* (Jn 19,27). La escena concluye con un gesto sencillo: *Y desde aquella hora, el discípulo la acogió en su casa* (Jn 19,27).

El Crucificado, sin tener nada, despojado de todo... nos ha hecho el mejor presente: nos ha entregado a su Madre, como Madre muestra. Y a cada uno de nosotros, nos ha puesto ante sus ojos como hijos de adopción. El último regalo de la Cruz, ha roto la soledad de María y a nosotros nos ha envuelto en su cariño. Antes de morir Cristo en la Cruz, éramos huérfanos y aspirantes a fraticidas. El primer furto de la Cruz es la reconciliación con Dios, mediante el abrazo redentor de Cristo y la vuelta al calor de la fraternidad, al cobijo maternal de María.

La escena del Calvario concluye con una declaración, como solemne acta notarial: *Y desde aquella hora, el discípulo acogió a María en su casa.*

La propia casa es el lugar físico en el que se vive, pero también indica el lugar de los afectos. Abrimos nuestra casa como huésped a quien, previamente, hemos acogido con amor; si no, es simplemente un visitante molesto que nos incita a mirar el reloj y esperar la hora de su partida. Acoger a María en «mi casa» significa acogerla en la intimidad del corazón; hacerla partícipe de nuestra vivencia afectiva y pedirle humildemente que nos haga confidentes de sus propias experiencias.

La acogida de María en nuestro corazón, promover la devoción a la Virgen, la *Pura y Limpia*, en estos momentos que vive la humanidad, tiene una dimensión de denuncia y profecía. Cuando contemplamos a María, y nos impregnamos de su espíritu, se ahuyentan en nosotros la amargura, la rigidez, las imposiciones frías, la obstinación, las duras críticas... que con frecuencia impregnan nuestras relaciones y enrarecen el ambiente social que respiramos.

María nos enseña a vivir en una entrañable familiaridad, a sentirnos hijos de un mismo Padre. Esta experiencia de fraternidad se manifiesta en un espíritu de acogida, de apertura, de serenidad, de paz, de optimismo, de disponibilidad, de escucha del otro, de perdón gratuito, de afecto profundo. La mirada de María rompe el círculo cerrado del odio y ensancha las ondas expansivas del amor.

María, nuestra Madre, Señora de los Dolores, ha querido simbólicamente, cambiar sus manos unidas de piedad, para convertirlas en manos abiertas de misericordia que puedan derramar las gracias de su Hijo, y coger nuestras manos en

los momentos de duda y dolor. Las manos de una madre siempre traspiran seguridad y esperanza. Al darnos sus manos, parece decirnos: «Sois hijos de Dios. Así lo ha querido mi Hijo en la Cruz, y todos sois hermanos, porque me habéis sido entregados como hijos en la hora solemne del Calvario».

Si a Dios le invocamos como Padre, porque así nos lo mandó Jesús, Señor y Maestro a quien seguimos; si a María le rezamos como Madre nuestra, porque nos fue entregada a los pies de la Cruz, una conclusión lógica - ¡y comprometida! - se derrama sobre cada uno de nosotros: ¡todos estamos llamados a ser hermanos!

Este es el primer motivo de la existencia de cualquier Hermandad o Cofradía, y así lo dice su propio nombre: la misión cofrade es hacer visible la fraternidad que brota de la Redención y darle el calor humano que inspira María. El mejor estreno anual de cualquier Cofradía es la vivencia de una fraternidad renovada, que, como “el amor hay que vivirla siempre como si se estrenara”.

Mirando la escena de la Cruz, concluyamos con una jaculatoria de San Ignacio: «¡Madre, ponme junto a tu Hijo!». Sabio Ignacio, ¡qué buen lugar has escogido!

Quisiera, ahora, dialogar con todos vosotros. Si me preguntáis:

- *¿Porque te has atrevido a dar este pregón?*
- *¿Qué título te acredita para abrir la boca y hablar de la Madre de Dios?*

Voy a echar mano de una respuesta, al estilo de mi catequista:

- *¡Porque soy su hijo!*

Y con sencillez y orgullo de un niño, que aprieta con fuerza la mano de su madre, puedo alardear, mirando sus ojos de dolor y arrancándole una sonrisa cómplice:

- *¡Ella es mi Madre!*

Para hablar de María, hay que escuchar las palabras del Cristo de la Redención: *¡Ahí tienes a tu Madre!* Este es el título que acredita mi atrevimiento.

Y permitidme aún otra confidencia. Mi admirado San Henry Newman, último doctor de la Iglesia, tiene una frase célebre que resume la profundidad de su doctrina: *cor ad corloquitur*, «el corazón habla a otro corazón». Me apropié de este lema de tan admirado santo y doctor, y lo pongo como acreditación ante vosotros: «quiero hablaros de la *Pura y Limpia* de corazón a corazón».

Dos momentos en nuestro diálogo: nos adentraremos en los entresijos, casi novelescos, material apropiado para una serie de éxito, de la historia de la proclamación del dogma que hoy pregonamos. Después, con María, y trayendo a nuestro corazón las enseñanzas familiares, contemplaremos los misterios gozosos, para acreditar con la vehemencia del cariño que ella es la *Pura y Limpia*.

Contemplemos, abriendo la página viva de la historia, la lenta gestación del dogma que hoy cantamos.

Corrían los albores del siglo XVII, cuando un atrevido predicador dominico, desde un púlpito, se permitió hablar en Sevilla contra la piadosa opinión de la Concepción Inmaculada de María, un sentir común entre el pueblo cristiano desde hacía siglos. Ante el atrevimiento del predicador, la reacción popular fue inmediata: se organizaron novenas, procesiones y toda clase de desagravios, que duró más de dos años. Incluso, se presentaron cartas pidiendo al rey Felipe III, que intercediera ante el Papa para que lo que hasta ahora era una devoción piadosa -la Concepción Inmaculada- pasase a ser una verdad definida dogmáticamente. Desde esa fecha, todavía tardaría casi dos siglos y medio en llegar la ansiada definición, en cuya consecución Andalucía ostentó un indudable protagonismo.

Pero, el fraile dominico, al desplegar su elocuencia y el vuelo de su capa negra, había desatado las furias. Ninguna verdad de fe ha provocado tanta disputa, incluso hasta llegar a las manos entre frailes, y provocar una guerra de letrillas y una batalla de grafitis en las paredes de los conventos dominicos y franciscanos, entre bandos maculistas e inmaculistas: “Sin pecado concebida” aparecía, escrito a brochazos, en la tapia del convento dominico. Y el latín hacía entonces de lengua universal, en lugar del inglés de hoy: “*Sine labe concepta...*”. Se recrudece la sinrazón de una lucha de púlpitos, que alientan posturas callejeras.

El pueblo, a su vez, se defendía de los razonamientos de la alta teología de las cátedras de las Universidades con las letras de los pasacalles. Valga de muestra esta letrilla, al estilo de consigna de cualquier manifestación popular:

*Todo el mundo en general/
a voces, reina escogida/
diga que sois concebida/
sin pecado original.*

Málaga no fue una excepción y en aquellos años. Animado por tales debates, el fervor popular malagueño tocó las paredes de los conventos y divulgó también a través de la imprenta, una abundante literatura inmaculista. Una de las publicaciones más significativas, es precisamente una glosa a la letrilla que acabamos de narrar, publicada en Málaga en 1615 por Juan René.

En aquel tiempo, la devoción popular combatía con la teología: la firmeza de la devoción popular chocaba con las dudas de la razón teológica. La teología quería poner diques al fervor, a veces excesivo, de la piedad popular. Y la devoción popular se defendía de los estrechos márgenes en los que quería la teología recluir un amor apasionado por María.

Pero en esta batalla clerical, el pueblo llano ya había dictado sentencia. Otra canción popular, nos puede dar la clave de este debate, convirtiendo a la sencillez de la devoción la altura de las razones teológicas. Canta así:

*Un prodigo preciso/
os dio el Eterno Increado/
porque **como pudo quiso**,/
que no marchite el pecado/
la flor de su Paraíso.*

Esta letra recoge una de las fundamentaciones teológicas más populares en defensa de la proclamación del dogma de la Inmaculada.

Uno de los teólogos más ardientes en la defensa de la Inmaculada Concepción, uncía la fuerza del sentir popular y la honda reflexión teológica, en una sencilla formula latina: "*Potuit, decuit, ergo fecit*", que significa: "Pudo, convino, luego lo hizo". La teología, resumida por el doctor franciscano Juan Duns Scoto, argumentaba que Dios *pudo* haber preservado a María del pecado original, *convino* que lo hiciera para honrar a su Hijo, y por lo tanto, lo *hizo*. "Pudo, convino, luego lo hizo".

¡Sobran las palabras y huelgan los argumentos!

La fuerza de la fe popular -y, hay quien dice, apoyada por la cabezonería de los andaluces- casi forzó que una verdad de fe, ardientemente defendida por el pueblo, sea solemnemente proclamada como dogma.

El Papa Pío Nono, de feliz memoria, se decidió a dar el último paso para la suprema exaltación de la Virgen, definiendo el dogma de su Concepción Inmaculada.

El día 8 de diciembre de 1854, rodeado de 92 obispos, 54 arzobispos, 43 cardenales y de una multitud ingente de pueblo, definía, por medio de la Bula *Ineffabilis Deus*, como dogma de fe el gran privilegio de la Virgen. Así sentencia el magisterio papal:

«La doctrina que enseña que la bienaventurada Virgen María fue preservada inmune de toda mancha de pecado original en el primer instante de su Concepción por singular gracia y privilegio de Dios omnipotente, en atención a los méritos de Jesucristo, Salvador del género humano, es revelada por Dios, y por lo mismo debe creerse firme y constantemente por todos los fieles».

El pueblo sencillo quiso agradecer la proclamación del dogma, cambiando la amargura de una disputa de siglos por un dulce de rango papal: el pionono.

A diferencia de los anteriores dogmas marianos: la Maternidad divina de María y la Virginidad de María, “antes del parto, en el parto y después de parto”, este dogma no goza de un sustento bíblico directo e indiscutible. Se suele proponer su respaldo en la declaración que hace Isabel al llamar a María la *llena de gracia y bendita entre las mujeres* (cf. Lc 1, 28 y 42) y en el propio testimonio de María, quien afirma: *el Poderoso realizó grandes obras en mí* (Lc 1, 49).

La Iglesia, desde los primeros siglos, había invocado a María como *panagia*, «toda santa». La comunidad de los creyentes, desde los primeros siglos, confesó que la Madre de Dios, que acogió en su seno la pureza divina, no pudo haber sufrido ningún tipo de corrupción en ningún momento de su existencia. Así, se fue gestando y fortaleciendo la *vox populi* que reconocía, declaraba y promovía a María como la *Pura y Limpia*, desde el mismo momento de su concepción, lo que equivale a decir que estuvo libre incluso del pecado original. Sería imposible que aquélla destinada a aplastar la cabeza de la serpiente, hubiese estado en algún momento bajo su yugo.

Proclamar la *Pura y Limpia* es una declaración de fe en el triunfo rotundo y contundente de la gracia de Dios sobre el pecado humano, por más grande que éste sea. Una victoria tan clara y aplastante que sólo puede ser comparada y superada por la victoria de Cristo sobre la muerte.

El dogma de la *Pura y Limpia* nos invita a contemplar nuestra realidad humana bajo un realismo optimista: somos conscientes de la presencia real y funesta del mal en el mundo y de sus consecuencias en nuestra fragilidad, reflejadas en todo tipo de injusticia y corrupción. Pero somos testigos, también, de la fuerza del poder de Dios que nunca sucumbirá frente a la maldad. La *Inmaculada* es la meta que indica la

perfección a la que Dios quiere llevar, con su obra redentora, a toda la humanidad creada. En María, la *Pura y limpia*, contemplamos nuestro ideal de perfección.

La *Inmaculada Concepción*, como modelo de respuesta completa a Dios, es al mismo tiempo, denuncia de toda existencia vivida en mediocridad, de toda vida inauténtica y falsa; es más, se convierte en crítica radical de todas las actitudes fatalistas y resignadas frente al pecado personal o comunitario, porque recuerda que, para Dios, *nada hay imposible* (cf. Lc 1,37).

La *Inmaculada*, un derroche de gracia de Dios, es luz que ilumina, guía y alienta nuestras luchas diarias por el triunfo del bien. Ello nos hace exclamar, con el corazón agradecido: **Ave María purísima.**

Acreditemos ahora nuestra devoción a la *Pura Limpia*, contemplando los misterios gozosos del Rosario

Nos adentramos en la profundidad del dogma, a través de la sencillez de la oración del pueblo: el Rosario es una devoción popular, con una profundidad teológica insonable. Como señalaba san Juan Pablo II «El Rosario, en la sobriedad de sus partes, concentra en sí la profundidad de todo el mensaje evangélico, del cual es como un compendio». Al desgranar los misterios del Rosario, recorremos los misterios de Dios, desde la mirada de María.

Unas de las primeras palabras de María, en el Evangelio de su Hijo, son una explosión de sentimientos: *Me felicitarán todas las generaciones* (Lc 1,48). Esta predicción de la misma Virgen María en el *Magnificat* se cumple efectivamente en el amor y la veneración con que el pueblo cristiano, de todos los tiempos y lugares, ha honrado a María, la Madre del Señor. Hoy, nosotros, hacemos viva la profecía y felicitamos a María, la *Pura y limpia*.

Una cita de la primera encíclica del papa Benedicto XVI, se ha convertido en *trending topic*, tema de tendencia de la reflexión teológica actual. El papa Francisco nos lo recordaba en su Exhortación *Evangelii gaudium*, mapa de referencia de la nueva evangelización: «No me cansaré de repetir aquellas palabras de Benedicto XVI que nos llevan al centro del Evangelio: *No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva*» (*Evangelii gaudium*, n.º 7).

El encuentro con la Persona de Jesús, la “experiencia cristiana del encuentro”, hace que la fe se vuelva más personal, atraiga la mente, hable al corazón, acreciente la adhesión de nuestra voluntad y vaya transformando nuestro comportamiento. Cuando la fe queda puntual o habitualmente impregnada de la experiencia del encuentro, el creyente se vuelve a Dios y le dice, recordando a Job: *Hasta ahora hablaba de ti de oídas; ahora te han visto mis ojos* (Job 42,5).

He aquí un rasgo central que distingue netamente nuestra experiencia de fe de otras experiencias religiosas: es Dios mismo quien nos ha salido al encuentro en la persona de Jesús, que se convierte en camino para acceder a Dios.

María es experta en este camino de encuentro entre su Hijo Unigénito y nosotros. Hay como una complicidad de sentimientos que arropan la fe del pueblo más sencillo cuando se dirige a Jesucristo, el Señor, a través de su Madre.

Vayamos a la «escuela de María» para que, sentados en su regazo, ella nos guíe como madre y maestra por la contemplación de los misterios de su Hijo y estimule en nosotros el deseo de encontrarle, imitarle y seguirle. María es maestra porque hizo experiencia propia todo lo que vio y oyó al Hijo de sus entrañas, nuestro Maestro y Señor.

Los misterios de la vida de Jesús son el libro de lectura de María: todo lo vive desde su Hijo, todo lo vive por Él. Y desde su propia experiencia nos narra sus vivencias más íntimas.

En este hermoso y entrañable Tiempo de Adviento os invito en esta mañana a recorrer brevemente la sencillez de los cinco primeros Misterios del Rosario. Ellos son la partitura más atrevida para interpretar la mejor *Cantata de Navidad...* el *Villancico popular*, que anima la peregrinación de aquella Sagrada Familia en caminos de ida y vuelta de Nazaret a Belén, del destierro de Egipto al hogar nazareno; y la primera subida a Jerusalén, para presentar al Niño en el Templo, como anticipo de la última subida que terminará en el Gólgota.

Tomemos en nuestras manos el rosario y desgranemos los misterios de gozo:

Primer misterio. La Anunciación del ángel a María y la Encarnación del Hijo de Dios.

El Evangelio tiene una de sus páginas más dulces y entrañables en lo que podríamos titular “el prólogo de una bella historia”: el primer pregón de Navidad lo proclamó el arcángel Gabriel en Nazaret (cf. Lc 26-38). Es el relato de la Anunciación.

En esta página evangélica, la joven María muestra su extrañeza ante los planes de Dios y, a la vez, culmina el mayor acto de fe: *Fiat, ¡hágase en mí, según tu palabra!*

Esta frase, como lema, marca la historia de María: la docilidad de María a la voluntad de Dios manifestada por voz del Espíritu Santo no es un acto de servilismo, sino la expresión suprema de una libertad entregada por amor. Por ello, insistirá con otra afirmación definitiva: *¡He aquí la esclava del Señor!*

María es ejemplo de fe: se abre a Dios, confía en Él y se deja llevar dócilmente por el Espíritu, convirtiéndose así en su morada, esposa fiel y testigo eminente de la Salvación. En el misterio gozoso de la Anunciación, se abre la página definitiva de la Historia de la Salvación de todos: ¡el Verbo de Dios se hace carne!

Preguntémonos: ¿No tenía que ser *Pura y limpia* quien con su “Sí” abrió la puerta de la salvación? **Ave María Purísima.**

Segundo misterio. La Visitación de María a su prima Isabel.

En la Encarnación, el vientre de la Virgen se convierte en la primera catedral. Y en su amor diligente para visitar a Isabel, María inaugura la procesión del Corpus: en su vientre custodia al Santísimo, en peregrinación hasta la montaña; ella fue, “el primer trono”, diseñado por el amor del Padre, dorado con la delicada belleza del Espíritu: el único trono digno de presentar al mundo al Hijo de Dios (cf. Lc 1,39-56).

En el encuentro entre las dos mujeres, el Espíritu Santo promovió el diálogo entrañable en el que Isabel reconoce a María como la *Madre de mi Señor*, lanzándole un piropo, de sabor andaluz: *Bendito el fruto de tu vientre... ¡Bendita tu que has creído!* María contestó con una página de oro del Evangelio: el *Magnificat*, que reconoce las maravillas de Dios en su persona: *Proclama mi alma la grandeza del Señor, se alegra mi espíritu en Dios mi Salvador....* Este diálogo femenino, se convierte en un pregón de esperanza para el ser humano: Jesucristo el Hijo de Dios desciende hasta la humanidad, para que la salvación se desparrame en el mundo.

Decidme: ¿Puede atisbarse cualquier sombra de pecado en quien dio muestras de un amor tan diligente? **Ave María Purísima.**

Tercer misterio. El Nacimiento del Hijo de Dios.

Y nació de María la Virgen, rezamos en el Credo. *Y lo envolvió en pañales*, señala el Evangelio. El Nacimiento del Hijo de Dios es una certeza maravillosa (Lc

2,1-7) que llena de gozo al creyente y convence al que no cree. Seamos lo que seamos, a pesar de nuestra ignorancia o de nuestra pobreza, podemos decir: ¡Jesús pertenece a la misma raza humana que yo! Ha vivido mi historia, ha comido mi pan cotidiano, estuvo expuesto a la misma muerte: Es uno de los nuestros, *en todo semejante a nosotros excepto en el pecado* (cf. Heb 4,15). Desde la noche de Navidad, la causa del ser humano es la causa de Dios. Él vino, y sigue viniendo para participar en nuestras tristezas y alegrías, hasta padecer y morir.

El Belén familiar, que nunca debe dejarse en el trastero del olvido, nos lo muestra desnudo, pobre, en un establo, sufriendo, como tantos hijos suyos hoy, la ausencia de vivienda. Su venida al mundo nos revistió a todos de divinidad y nos dio cobijo: hoy, en la casa común de la Iglesia y, un día, en el paraíso que ya prometió al buen ladrón.

Y el Niño Dios viene con un mensaje: Dios nos ama y nos invita a amar. Así nos lo han recordado los dos últimos documentos papales: el papa Francisco nos ha dicho: *Dilexit nos* (nos amó primero); el papa León nos invita a amar al hermano más pobre: *Dilexit te* (Te he amado). Las manos que se abren al necesitado, estrechan las manos de Dios.

Pensemos: ¿Puede ni siquiera imaginarse un atisbo de pecado en quien llevó en su seno y alumbró al mundo al Hijo de Dios? **Ave María Purísima.**

Cuarto misterio. La Presentación de Jesús en el Templo.

Es una escena entrañable, cargada de sencillez y humildad, que ha dado origen a tantas escenificaciones pictóricas (cf. Lc 2,21-40). María y José son un matrimonio religioso y quieren cumplir todo lo mandado en la Ley. Llevando al Niño, se acercan al Templo para cumplir lo prescrito. Allí le esperan Simeón y Ana. Dos ancianos venerables que sostienen su vida anclada en la esperanza de ver al Mesías Salvador. Reconocen en el sencillo matrimonio que sube las escalinatas del Templo a quien llevan en sus brazos: al Hijo de Dios que ha descendido del cielo. Y Simeón, ante la mirada de Ana, nos deja un himno, eclosión de alegría: *Ahora, Señor, según tu promesa, puedes dejar a tu siervo ir en paz, porque mis ojos han visto al Salvador.*

En el cuarto misterio, María dirige nuestra mirada, y ojalá nuestra atención, hacia nuestros mayores, para romper su soledad y alargar la esperanza.

Muchos creyentes sinceros necesitamos, con urgencia, confortar nuestra confianza en el Señor. El agobio y la sensación de abandono son dos estados

anímicos muy frecuentes. Descansar en Dios, arrojar en Él nuestras ansiedades, resulta bienhechor. Él no nos abandona nunca. Nuestra esperanza cristiana reposa en el deseo confiado de que Dios complete la obra que inició al resucitar a Jesús. La Resurrección del Señor es “la garantía de nuestra esperanza” y “la mejor oferta” que podemos brindar los creyentes al mundo que se tambalea en el tercer milenio. El papa Francisco nos exhortaba a transformar la sociedad en una «casa de esperanza» y poner a nuestra Madre, al cargo de esta santa casa.

Reflexionemos: ¿Puede haber algún rastro de debilidad del pecado en quien concita nuestra oración y descargamos nuestra angustia, al invocarla como “Vida, dulzura y esperanza nuestra...”? **Ave María Purísima.**

Quinto misterio. El niño perdido y hallado en el templo.

Hay una escena pintoresca en el Evangelio. Podríamos decir que Jesús hace una “travesura”. Es el misterio que culmina la corona gozosa: “El Niño Jesús perdido y hallado en el templo”.

¿Qué nos muestra esta escena? María no vivió una vida fácil: quedó fortalecida en las pruebas de la huida a Egipto, siendo una emigrante más; y la búsqueda de su Hijo perdido en Jerusalén y hallado en el Templo (cf. Lc 2,41-52) nos muestra un episodio de dolor y de cierta incomprendición por parte de su Hijo adolescente: *¿Por qué nos has hecho esto?*, reprocha la madre. La respuesta de Jesús es una lección de Maestro: *¿No sabías que debo ocuparme de las cosas de mi Padre?* ¡María salió a buscar a su hijo, y encontró al Hijo de Dios!

Este misterio es una verdadera “noche oscura” de la vida de María. Ella, poco a poco, va descubriendo el Misterio de su Hijo: no le pertenece en exclusiva, es el Hijo de Dios. Y así, la Madre se convierte en discípula, la primera “discípula” del mejor Maestro. Y nos invita a formar parte del grupo de los suyos. María, mirando a su Hijo, nos susurra su testamento: *Haced lo que él os diga.*

Decidme: ¿Puede tocar alguna imperfección a quien nos da tan sabio consejo?
Ave María Purísima.

Hermanos y hermanas, os invito a levantaros...

Elevemos nuestra mirada al azul del cielo y gozándonos en el privilegio de las vestiduras celestes que el sacerdote lucirá el día de la fiesta, proclamamos, como un

voto de fidelidad, esta hermosa oración de la Misa de la Solemnidad de la Inmaculada Concepción.

«Oh Dios,
que por la Concepción Inmaculada de la Virgen María
preparaste a tu Hijo una digna morada,
y en previsión de la muerte de tu Hijo
la preservaste de todo pecado,
concédenos por su intercesión
llegar a ti limpios de todas nuestras culpas».

Si al llegar a casa, alguien os pregunta:

- *¿Y qué ha dicho el pregonero?*
Responded, sencillamente:
- ***¡Ave María Purísima!***

Gracias por vuestra benevolencia.

Alfonso Crespo Hidalgo,

6 diciembre 2025